



Pluma y Lápiz

Año V.—N.º 170.—10 cénts.

Barcelona 31 Enero de 1904

DE SOBRE MESA

UN cultivo intelectual emprendido sin método y con locas pretensiones al universalismo, un cultivo intelectual que ha venido á parar en la falta de toda fe, en la burla de toda valla humana, en una ardiente curiosidad del mal, en el deseo de hacer todas las experiencias posibles de la vida, completó la obra de las otras influencias, y vino á abrirme el obscuro camino que me ha traído á esta región obscura, donde hoy me muevo sin ver más en el horizonte que el abismo negro de la desesperación, y en la altura, allá arriba, en la altura inaccesible, su imagen, de la cual, como de una estrella en noche de tempestad, cae un rayo, un solo rayo de luz.

¿Terror?... ¿Terror de qué?... De todo por instantes... De la obscuridad y del aposento donde pasó la insomne noche viendo desfilan un cortejo de visiones siniestras; terror de la multitud que se mueve ávida en busca de placer y de oro; terror de los paisajes alegres y claros que sonríen á las almas buenas; terror del arte que fija en posturas eternas los aspectos de la vida, como por un tenebroso sortilegio; terror de la noche obscura en que el infinito nos mira con sus millones de ojos de luz; terror de sentirme vivir, de pensar que puedo morirme, y en esas horas de terror frases estúpidas que me suenan dentro del cerebro cansado, y Dios?... «Los pobres hombres están solos sobre la tierra,» y que me hacen correr un escalofrío por las vértebras.

No, no es terror de eso, es terror de la locura. Desde hace años el cloral, el cloroformo, el éter, la morfina, el haschich, alternados con excitantes que le devolvían al sistema nervioso el tono perdido por el uso de las siniestras drogas, dieron en mí cuenta de aquella virginidad cerebral más preciosa que la otra de que habla Lasegue. Después la crápula del cuerpo, obstinado en experimentar sensaciones nuevas, la crápula del alma empeñada en descubrir nuevos horizontes, después todos los vicios y todas las virtudes, ensayados por conocerlos y sentir su influencia, me han traído al estado de hoy, en que, unos días, al besar una boca fresca, al respirar el perfume de una flor, al ver los cambiantes de una piedra preciosa, al recorrer con los ojos una obra de arte, al oír la música de una estrofa, gozo con tan violenta intensidad, vibro con vibraciones tan profundas de placer, que me parece absorber en cada sensación toda la vida, todo lo mejor de la vida, y pienso que jamás hombre alguno ha gozado así; y en que otras, cansado de todo, despreciando todo, odiando todo, sintiendo por mi mismo y por la existencia un odio sin nombre, que nadie ha ex-

perimentado, me siento incapaz del más mínimo esfuerzo, permanezco por horas enteras hebetado, estúpido, inerte, con la cabeza en las manos, y llamando á la muerte ya que la energía no me alcanza para acercarme á la sien la boca de acero que podría curarme del horrible, del tenebroso mal de vivir...

¡La locura! ¡Dios mío, la locura! A veces,—¿por qué no decirlo, si hablo para mí mismo?—¿cómo la he visto pasar vestida de brillantes harapos, castañeteándole los dientes, agitando los cascabeles del irrisorio cetro, y haciéndome misteriosa mueca, con que me convida hacia lo desconocido! En una alucinación que la otra noche me dominó por unos minutos, las joyas que brillaban sobre el terciopelo negro del enorme estuche, se trocaron á la luz de la lámpara que las alumbraba en los mágicos arreos de su vestido de reina; otra noche, en una pesadilla que me apretó con sus garras negras, y de la cual desperté bañado en sudor frío, una cabeza horrible, la mitad mujer de veinte años, sonrosada y fresca, pero coronada de espinas que le hacían sangrar la frente tersa; la otra mitad calavera seca, con las cuencas de los ojos vacías y negras, y una corona de rosas ciñéndole los huesos del cráneo, todo ello destacado sobre una aureola de luz pálida, una cabeza horrible, me hablaba con la boca, mitad labios de carne rosada, mitad huesos pálidos, y me decía: «¡Soy tuya, eres mío; soy la Locura!»

¡Loco!... El loco en el cuartucho obscuro del manicomio, oloroso á ratón, envuelto en la camisa de fuerza! el loco con el cabello cortado al rape, recibiendo en las flacas espaldas huesosas el chorro helado de la ducha, bajo el ojo imperturbable del hombre de ciencia que anota sus gestos violentos y sus entrecortadas blasfemias para convertirlas en una precisa y razonada monografía...

¿Loco?... ¿y por qué no? Así murió Baudelaire, el más grande, para los verdaderos letrados, de los poetas de los últimos cincuenta años; así murió Maupassant, sintiendo crecer alrededor de su espíritu la noche y reclamando sus ideas... ¿Por qué no has de morir así, pobre degenerado, que abusaste de todo, que soñaste con dominar el Arte, con poseer la Ciencia, toda la Ciencia, y con agotar todas las copas en que brinda la vida las embriagueces supremas?

JOSÉ A. SILVA

(El notable poeta colombiano Silva, autor de este escrito, que gozaba de envidiable reputación literaria en América y que era, además, caballero de refinada posición social, puso fin á su vida de manera trágica hace pocos años.)

ARTISTAS EN LA INTIMIDAD

LOS JÓVENES.—PEDRO SEPÚLVEDA

ESTAMOS en pleno triunfo del arte verdad, y rotos los antiguos moldes de la vieja costumbre ha resurgido en el teatro, en la prensa, en el libro—donde más se estimula el buen gusto,—una briosa generación de artistas jóvenes, saturados todos ellos

empuje, desde hace años preparado: Benavente, los Quintero, Rusiñol, Marquina, Bueno, Valle-Inclán y Arniches, con sus notables y observadas obras, destronan á los reyezuelos antiguos que, poco á poco, sin producir, ó haciéndolo de manera des-



PEDRO SEPÚLVEDA

de las condiciones que, en el día, son precisas para la victoria. Y pasad si no, lectores, conmigo vuestra vista, por lo que en el año de novecientos tres se ha producido, y veréis: que como en la novela Blas-



Tío Migalo, en *Maria del Carmen*.

quiciada, sólo seguían las modestas exigencias de hace treinta años, aburriendo al público y consumiendo en su maldita tradición, más de una fortuna de espléndidos é inocentes empresarios.



Don Moisés Galeote, en *Los Galeotes*.

co Ibáñez, Baroja, Martínez Ruiz, Bobadilla, Acebal, Nogales, Zamacois, Reyes, entre otros, destierran por completo las nauseabundas lecturas del folletín terrorífico; en la escena, de un fortísimo



Salomón, en *Edmundo Keän*.

En la prensa también observará el lector—y aunque el triunfo no esté consolidado de una manera fuerte y segura,—el afán de los jóvenes y sus sanos propósitos de crear en el nuestro, á semejanza de

otros pueblos, el verdadero periódico á la moderna: un eco imparcial de la opinión ilustrada—porque al vulgo precisa educarlo antes, para que pueda tener derecho á opinar.—Y en ese gran órgano de la juventud actual, informada con ideas progresivas, independiente de partidos políticos y compañías industriales, que las más elevadas ideas las corrompen con el vil negocio, formarán todos los escritores citados, y muchos más que vosotros de sobra conoceréis, porque se llaman, entre otros muchos, que en este momento no recuerdo: Morote, Maeztu, Canals, Bonafoux, Carrillo, los Sawa, Bello, Navarro, España, Ossorio, Castrovido, *Miquis*, Pérez de Ayala, Martínez Sierra, los González Blanco, Dicienta, Ortega, Gasset, Arpe, Terán, Tapia, Francés, Asensio Alvarez, Roure, D. Pérez, Palomero, Román, Segura, Cadenas, Castro, Catarineu, Romeo, Viergol, Maragall, S. Oliver, T. Carretero, Soler, Iglesias, Castell, Alcalde, Limendoux, Sán-

ardorosos y entusiastas por el arte—lector que me sigues en esta peregrinación,—he de enseñártelos. Hoy es sábado. Reclúyete conmigo en Lara, en el teatrillo de cartón de don Cándido—un burgués nada ilustrado, pero muy rico, senador y *ahora* amigote de Montero. ¿Cómo se explica, pues,—me preguntarás,—que ese empresario, que sabe poco de todo, tenga siempre la mejor compañía en su teatro, estrene en él las más divertidas obras y lo vea lleno todos los días de un público selecto? Y yo que confieso que no estoy—como algunos que todo lo saben—en los secretos de bastidores, ante tu razonada pregunta paso mis ojos por un discreto representante, por un autor entendido, ó por otros consejeros hábiles, los que tal vez lleven el timón de la feliz empresa. Entonces tú me hablas de un provectoro señor cuyo nombre te suena por dos cosas: por sus terribles é insustanciales latas literarias y por indicársele en todas partes como enemigo decla-



Juan (criado), en *El amigo*.



Don Prudencio, en *De mala raza*.

chez Guerra, Bargiela, Aguilera, Angel Guerra, Urales, Argente, Rancés, Crouselles, etc., etc.

Pero hasta la fecha ninguna empresa, constituida con seriedad y dinero, ha sabido atraerse á todo este puñado de jóvenes de indiscutible mérito, y, barajando sus firmas, fundar el verdadero diario independiente y artístico, que es el único por el que suspira la masa neutra—importantísima, según el insigne Costa,—harta ya de malos gobiernos y con anhelo, más que de nada, de ilustración y trabajo.

* * *

Y después de este preámbulo—lector querido,—muy necesario para lo que, con alguna continuidad han de leer tus ojos en esta sección, á mí me place decirte: que también en el arte escénico, en mis andaneos por estos coliseos de Madrid, voy descubriendo cómicos jóvenes, estudiosos, con gracia, elegantes, modestos y dignos de ocupar los lugares de aquellos otros que, abandonándonos, aún no hemos olvidado... Y yo, como los veo, á esos jóvenes

rado de una juventud triunfadora. ¿El que rechazó la *Vida íntima* y *La reja*, á los Quintero? ¿El que despreciaba á Benavente?... Pero yo con pudor guardo su nombre y hágame fijar en las mil divinas mujeres que, como capullos en sazón, voluptuosas asoman sus cabecitas rubias ó morenas por los pisos de encima, en uno y otro palco... Hoy es moda y sigue representándose una bella comedia de Benavente, el éxito verdad de la temporada.

Al terminarse el primer acto, la mayor parte de aquella concurrencia de títulos y banqueros, se ha reconocido en los personajes de la obra; pero ríe y admira... ¿Cabe mayor triunfo en autor y actores? remover el cieno de una sociedad podrida y que ésta no huya en desbandada y aplauda. Ese es el triunfo de la juventud. Porque tú te has fijado, como yo, en que los cómicos que más sobresalen en *Al natural*, despojados de pelucas y afeités que los desfiguran, á excepción de un par de ellos, son casi desconocidos. Conoces á Santiago y á la Ruíz, por

ejemplo; pero y á Zorrilla y á Barraicoa y la Domus y Sepúlveda, etc., ¿los conoces?

* * *

En el entreacto yo te presento á estos meritísimos actores. Empezamos por Sepúlveda, que es un amigo de la infancia, un discípulo que, enamorado del arte, ahorcó, como otros muchos, su carrera de facultad. Y no fueron suficientes los sentidos consejos de su familia, ni aun los de su mismo padre, escritor y artista desengañado, á torcer el camino ya elegido por el pequeño cómico; porque Perico Sepúlveda ya trabajaba en un lindo teatro edificado en su misma casa, y popular entre todas sus amistades, y donde se desarrolló su afición.

Y más tarde trabajó en la sociedad «Miguel Echeagaray», de la que fué director, hasta que en 1902 debutó en el teatro de la Comedia, con el papel de «Pimentón» en *La Gobernadora*, de Benavente, donde el éxito superó á sus esperanzas.

Después os contará el joven artista cómo hizo el «Jeremías» de *Los Galeotes*, el «Alcalde» de *Militares y Paisanos*, y estrenó la mayor parte de las obras en aquella temporada y en la siguiente, interpretando el «Melecio» de *Los hijos artificiales*, el «Secretario» en *Libertad*, y otros graciosos personajes en *Madame Flirt* y en *El amor en el teatro*. Y cuando la compañía marchó á América se separó de ella, por razones de familia.

Trabajó después con Paco Morano, en el puesto de primer actor cómico de la compañía que formó para provincias, haciendo una laboriosa campaña en los teatros de Gijón, Valladolid y Palencia, des-

empeñando los papeles principales en casi todas las obras del repertorio, antiguo y moderno, entre ellas *La Fierecilla domada*, *Keant*, *Dicha agena*, *Tortosa y Soler*, *Don Alvaro*, y muchas más. La prensa y el público, que siempre le han acogido con aplausos, recompensaron con creces el excesivo trabajo que esa labor representa.

Antes de terminar en Palencia, recibió proposiciones de la empresa de Lara y á su compañía se agregó en Santander, debutando con el papel de «Don Sabas Ortiz.» en *Los hijos artificiales*, y continuando más tarde las temporadas de Bilbao, San

Sebastián y Valladolid, en las que ha desempeñado los papeles del inolvidable Manolo Rodríguez, como sigue haciéndolo ahora en el lindo teatro de don Cándido, donde dicen que encaja mejor que en La Comedia, y que sabe caracterizarse como pocos actores. Por último, terminaré asegurando que procura siempre no incurrir en chocarrerías, pues tiene del arte una idea muy elevada, que de su afición y entusiasmo no habrá muchos ejemplos, que cuenta veinticuatro años de edad y que su única ambición es llegar pronto al final de la trabajosa cuesta.



Grumio, en *La Fierecilla domada*.

...Suenan el timbre, y terminado el entreacto, subimos al patio de butacas y, ya fijos en las nuestras, volvemos á observar á uno y otro actor y, á poco, tú te convences, y al salir, terminada la obra, y oyendo una y otra opinión, tú, lector y público sensato, me invitas con verdadera obstinación á que continuemos nuestras agradables visitas por estos coliseos, donde los jóvenes, triunfando en la escena, se encuentran aún obscurecidos en sus míseros cuartos de modestos actores...

MANUEL CARRETERO

NOCTURNO

Dóblome enfermo de honda tristeza
Porque te marchas, mi dulce amor:
Siento la fiebre de la cabeza,
Siento el vacío del corazón.

Tuya es mi vida. Con tu mirada
Priman los sueños á la razón.
Hállome grande—Sin tí, soy nada:
Tú perfeccionas la obra de Dios.

¿Qué es el talento sin el cariño?...
¿Qué es el carácter sin el amor?...
Te doy mi pobre nombre de niño,
Dame la aurora de tu pasión.

Te doy mis rimas, mis esperanzas,
Mis regocijos de trovador;
De mis recuerdos las ondas mansas;
De mis anhelos la agitación.

Te doy mi suerte, mi independencia;
Con mis defectos á ti me doy.

Tienes rivales: una la ciencia;
Otra, la patria—dignas las dos.

Dame tú encantos, dame impresiones,
Luz, aire, fuego, vida, esplendor,
Dame las tibias inspiraciones
Que sólo parten del corazón.

Dame el aliento que tú respiras,
Tus ilusiones, tu fé, tu ardor;
Dame el espacio por donde giras,
Tus ojos ebrios de seducción.

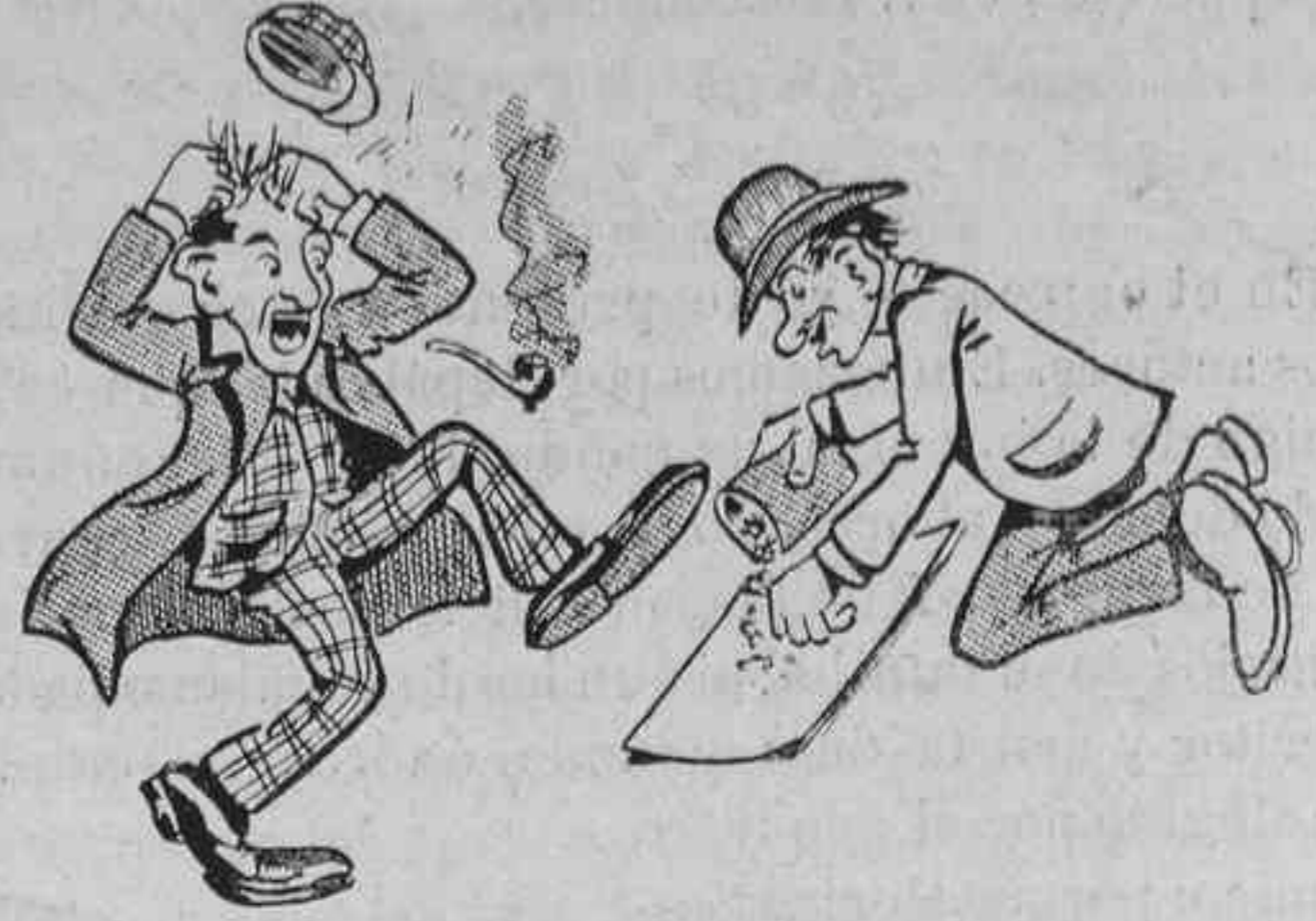
Pues nos aleja la suerte dura,
Para estrecharnos démonos hoy—
Tú, los halagos de tu ternura,
Yo, la firmeza de mi pasión.

Y si nos toman meditabundos
Las horas tristes de la expiación,
Aspiraremos ritmos fecundos
Que vida han sido de nuestro amor.

ALBERTO NAVARRO VIOLA



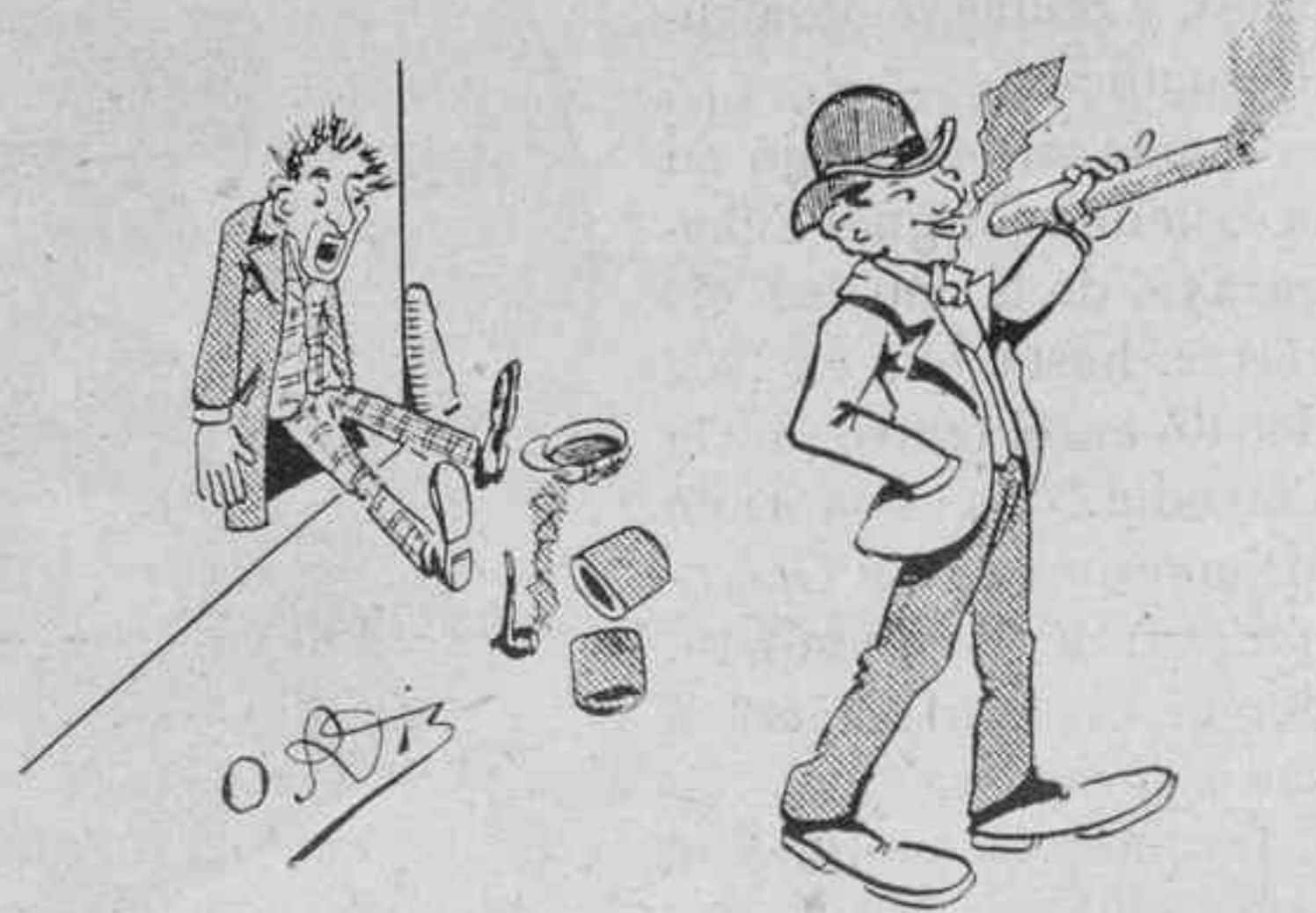
1.—Joven, ¿me permite usted? ¿tendría usted un cigarrito? Se lo agradeceré.
—Con mucho gusto.



3.—¿Ve usted cómo tengo papel?
—¡Horror, eso es una sábana.



2.—Pero... hay un inconveniente, que como fumo en pipa, no tengo papel...
—No importa, papel ya tengo yo.



4.—Gracias por el cigarrito.
—¡Y á eso llama ese hombre un cigarrito!

NUESTRA CUBIERTA PEDRO MASCAGNI

ESTE célebre compositor nació en Liorna en 1863. Hijo de un tahonero de su ciudad natal, de no muy desahogada posición, mostró bien pronto aficiones musicales, y pasó al Conservatorio de Milán pensionado por el conde Larderel. Allí aprendió solfeo y piano, armonía y composición, mas, según parece, abandonó las aulas, antes de completar sus estudios, para contraer matrimonio. Otros refieren que, acabados sus estudios en dicho Conservatorio, compuso gran número de romanzas, bailables, scherzos y algunas sinfonías, obras todas que vendía á bajo precio. Agregan que luego empezó su existencia de bohemio, organizando y dirigiendo una compañía de opereta cómica con la que recorrió parte del Milanésado, y añaden que una de las actrices le impresionó, por lo que se casó con ella. Los autores de la primera versión afirman que las obligaciones propias del matrimonio le obligaron á ponerse al frente de la citada compañía de opereta. Antes, en Liorna, había dado lecciones de piano y armonía y dirigido orquestas. Deshecha la compañía de su dirección, y no bastando el producto de sus composiciones para atender á sus necesidades, solicitó y obtuvo la plaza de director de la banda municipal de Ceriñola, dotada con 1200 liras al año. En la misma población dirigió una banda militar y una sociedad filarmónica, y compuso varias canciones populares y una misa que cantaron sus discípulos. Hallábase en aquel rincón de Italia cuando supo que Sonzogno, editor de música, había anunciado un concurso para premiar

tres óperas en un acto, siendo de 3000 liras el primer premio y debiendo representarse la obra en el Teatro Constanzi, de Roma. Esto sucedía en los comienzos del año de 1890. Deseando ganar una suma que mejorara temporalmente su situación económica, buscó y halló, no sin trabajo, quien escribiera el libreto, y al cabo logró que lo compusieran Tozzetti y otro poeta, y sólo en veinte días escribió la música de la *Cavalleria rusticana*, que alcanzó el primer premio, y que se estrenó en Roma á 18 de mayo de 1890, valiendo á su autor gran nombradía en todo el mundo musical y el encargo de una nueva ópera hecho por la casa Sonzogno. La *Cavalleria rusticana* fué aplaudida en las principales ciudades de Italia (Roma, Nápoles, Turín, etc.), y se estrenó en el Teatro Real de Madrid por la Bellincioni y el tenor Stagno (17 de noviembre de 1890), los mismos que la habían estrenado en Roma. Dijose que Sonzogno había ofrecido al compositor 150000 pesetas por la cesión completa de la obra, y que en febrero de 1891 había cobrado ya Mascagni 50000 por los derechos de las representaciones dadas hasta entonces. En 31 de octubre del último año citado estrenóse en Roma otra obra de Mascagni en tres actos. Titulábase *L'amico Fritz*. En su representación tomaron parte el tenor De Lucia, la señorita Sinnennberg, la señora Calvé, etc. La obra halló excelente acogida, y valió al compositor nuevos aplausos en Florencia y otros teatros. En cambio en Berlín fué recibida con frialdad (marzo de 1892). Finalmente, Florencia vió, en 10 de noviembre de 1892, otra ópera de Mascagni en tres actos, *I Rantzau*, estrenada por la señorita Darelée, el tenor De Lucia, el barítono Battistini, etc. La obra fué recibida con aplauso.



«...De todo lo cual se infiere que la lotería que sostiene el Gobierno, es completamente ilegal...» Estoy conforme...

—Claro... La lotería es ilegal... el matrimonio es una lotería... luego el matrimonio es ilegal, ¿ó no no hay lógica en el mundo...!

TRES PUNTAPIÉS.

I

CUAL era su habitación? Una covacha de tierra húmeda. ¿De qué vivía? Con las colillas que recogía. ¿Con qué se alimentaba? Con rancho. ¿Qué amigos tenía? Un perro flácido. ¿Qué parientes se acordaban de él? El sol, que cuando salía le besaba con sus rayos de oro el rostro sucio del truhán. ¿Cómo se llamaba?... No lo sabía: le pusieron de mote el *Canosa* sin que él hubiese sabido jamás el porqué le aplicaron sus compañeros alias tan extraño é inexpresivo. No hablaba nunca de sus padres por que no tuvo el placer ó la vergüenza de conocerlos ni antes ni después; al venir á este mundo pareció una de esas plantas silvestres que germinan y retoñan en cualquier sitio, sin conocimiento de nadie, y sin que nadie se preocupe en lo más mínimo de semejante existencia.

No tenía más que un amigo *verdad*: un excelente amigo y compañero: el más hermoso símbolo que existe sobre la capa de la tierra. Era un perro de aguas escuálido y diminuto, de mirada mortecina, pero expresiva; ijares chupados y rabo delgadísimo, rematado por una especie de caprichosa borlita formada con sus lanas sucias. La fidelidad, que tal afecto simbolizaba el chucho, andaba como vemos mal de indumentaria; cosa explicable porque todo lo poco bueno que queda, no entre los racionales, sino hasta entre los animales, ha venido muy á menos; pero no obstante, ni las adversidades de la fortuna ni los desfallecimientos del estómago quebrantaban en nada las excelentes cualidades del inteligente can; y es que, aunque animal, tal vez se diría para su rabo:—El corazón antes que la andorga;—al revés de ciertos despreocupados prójimos que anteponen la pitanza á la dignidad.

Ello es, aparte todas estas filosofías ramplonas, que el *Canosa* y su amigote procuraban ir pasando buenamente. Con las colillas y los periódicos tenía el golfo la seguridad de que no se moriría de tedio ni de hambre, sobre que, además, aun regalán en los cuarteles un substancioso rancho que ya quisieran para sí muchos personajes. También tenía su domicilio particular del que disfrutaba doblemente porque estaba libre de las molestas visitas del casero. Un hueco de tierra le acogía cariñosamente, como si fuese su madre que le durmiera al calor de amantes besos; y el perrillo, junto á él vigilaba atentamente á su haraposito aunque excelente dueño.

El *Canosa* tenía apenas catorce años; y aunque él había llorado ya amargamente, fueron en verdad contadas veces; porque ¡recontral es lo más feo que puede verse en hombre alguno. Él había sofocado sus constantes rabietas en lo hondo de su alma, ocultándolas para que nadie las viese, como el avaro oculta sus onzas; y si en su pecho á veces se agitaban ambiciones, deseos y ansias de algo noble y hermoso que pasaba ante su vista, se guardaba muy mucho de manifestárselo á nadie. Es decir, en su leal perro, confidente único con quien podía contar, depositaba sus pensamientos é intimidades, seguro de que nadie se enteraría. Porque si es cierto que el can tenía lengua, no menos cierto es que no hacía uso de ella más que para ladrar furiosamente al pillo que se atreviese á faltar á su amo.

Siempre iba el *Canosa* acompañado del pobre animal: jamás se separaron un instante. Eran como complemento el uno del otro, y naturalmente no podían vivir separados, como el pez no puede vivir sin el agua. Y se entendían perfectamente y jamás tuvieron que regañar. La vida así era un idilio inacabable.

II

Una noche caminaban despaciosamente el chucuelo y el can. Dirigíanse á su covacha, como siempre; pero al pasar junto á una ventana espaciosa por la que salía una oleada de luz, se detuvieron para contemplar tanta hermosura. Era un baile de aristócratas; en el salón, lleno de arañas y tulipas, marchaban cogidos del brazo señoronas guapísimas vestidas con encajes y rasos, y señorones con chalecos muy escotados y pecheras blancas enormes, y botas que parecían soles y cabezas que relucían... El muchacho, con la boca abierta, luego que hubo mirado todo aquello, no supo expresar su admiración más que con estas palabras:

—¡¡La órdiga!!...

Mas en seguida cambió de observatorio. En una ventana más pequeña situada por bajo de la otra, vió un cuadro distinto. Unos hombres vestidos de blanco, con unos gorros enormes traginaban entre un enjambre de peroles y cacerolas. Un cálido vaho de cocina rica se le metió al golfo hasta lo más hondo del estómago. Y entonces se olvidó del baile: le agradaba mucho más ver los pollos, las trufas y todos aquellos platos llenos de manjares, que producían vértigos... El perrillo olfateaba con ansia;

sus narices se dilataban, y su tripa se estremecía...

Estuvieron mucho tiempo así; pero el sueño concluyó por rendir dos naturalezas tan débiles, y se quedaron los dos amigos dormidos, envueltos en las oleadas de luz del baile y en los apetitosos olores de la cocina... Morir en aquel momento hubiese sido tal vez una delicia.

Pero de pronto despertaron; un golpe brusco, doloroso, les hizo abrir los ojos, precipitadamente, para ver la hosca figura del sereno, un hombre de

to que se le apareció bajo la forma humana de una mujer. El rufián llegó á quererla fieramente, terriblemente. Como por su espantosa orfandad no había tenido nadie á quien profesar cariño alguno, todo el que guardaba en su corazón le ofreció á *Trini*, una muchacha rubia, de ojos azules y rostro alegre, vagabunda como él y sola en el mundo. Los dos se entendieron como amigos que hermana el Destino, y fueron dichosos; la vida les parecía un paraíso, la covacha un suntuoso palacio. Una risotada mutua



bigotes crespos, voz gruesa y modales poco distinguidos. Les había saludado con un puntapié, y el *Canosa* se echó mano á las doloridas posaderas, y el chucho aulló lastimeramente.

Se levantaron tristes y cariacontecidos. Despertar tan pronto, cuando se estaba tan á gusto soñando, era amarguísimo despertar. La primera vez que el *Canosa* fué feliz, porque habíase visto en sueños vestido como aquellos señores y comiendo los succulentos platos de aquella cocina, gozó poco de tanta ventura: un hombre sin entrañas destruyó aquel momento de felicidad con un fuerte puntapié...

Canosa y su perro marcharon calle abajo, con paso lento.

III

Pocos años después el *Canosa*, tenía un consuelo más en su miserable vida. Consuelo hermoso y gra-

constituía toda su ventura; y hasta el chucho parecía expresar su satisfacción, meneando incesantemente su escuálido rabillo.

Para no hacer más extensa esta verídica narración, diremos que una vez el *Canosa* sufrió un terrible desengaño; una puñalada que enfermó su alma. Su novia, su *Trini* se marchó con un señoritín, enamorado sin duda, de los azules ojos y rubios bucles de la muchacha. Apenas le asomaba un ligero bozo sobre el labio superior al chicuelo, y ya se creía un viejo. Y lloró, ¡vaya si lloró! aunque eso es cosa fea en un hombre...

Estaba dormido en brazos de su dicha; era feliz en medio de aquel delicioso sueño; pero la realidad le despertó bruscamente; le dió un soberano puntapié, como se lo dió el sereno en una remota noche...

Y la verdad, el puntapié de éste le había producido menos dolor que el que después recibió del Destino, con la huída de su amante infiel.

IV

Luego su vida fué una noche eterna sin aurora, un invierno perpetuo sin primavera; había sido el golpe tan rudo que le quebrantó profundamente. El perro enflaqueció más, porque participó de la amargura que ahogaba á su dueño, por lo cual el chucho apenas si podía sostenerse.

Poco tiempo después, el *Canosa* dormía en una covacha de las montañas del Principe Pio, en aquella misma covacha que fué alcázar suntuoso algún día memorable, y que después se convirtió poco menos que en recinto fúnebre, porque ni el golfo ni el perro abrieron los ojos. La helada de aquella noche mató en el campo algunas flores y en la ciudad muchos desgraciados; el *Canosa* soñaba y sufría, porque soñaba, cuando un día se vió aban-



donado de *Trini*... Y la muerte dió un tercer puntapié á aquellos infelices, como antaño se les dieron el sereno y la realidad, y ¡contraste hermosamente triste! en vez de despertarse el chucho y el truhán, para ver un presente horrible, permanecieron soñando dormiditos: dormiditos para siempre...

EMILIANO RAMÍREZ

PETRONIO

Y ceñidas las sienes de azucenas,
en el muelle triclinio reclinado,
clava impasible el ojo dilatado
por las azules líneas de sus venas.

Como mágico canto de sirenas,
oye entonar el himno apasionado
de bellas cortesanas que á su lado
jamás consienten en su pecho penas.

Y se presenta Eunice. Su hopalanda
trasluce sus caderas voluptuosas,
—carne de lirios palpitante y blanda.—

Se entusiasma el poeta, y las hermosas
gasas del peplo á Eunice le desbanda
del baño entre las aguas olorosas.

—Al viento suelta tus cabellos de oro
para que absorba el viento su fragancia,
ni quieras que tan sólo á la distancia
codicie yo tu divinal tesoro.

El ígneo beso de tu labio imploro;
besa mi boca con ardor, con ansia,
y en mi alma—toda tuya—tu alma escancia
mientras arrulla el pífono sonoro.

Yo soy esclavo de mi esclava. Ansío
vehemente el yugo de tu amor eterno,
sol cuando nieva y sombras en estío;

y antes que venga el soplo del invierno,
derrama, ¡hermosa! ¡sobre el labio mío
tus besos como vino de Falerno!

—¡Amigos, festejad! que ya es la hora
de artístico morir que tanto aguardo;
ceñid mi frente de violeta y nardo
y alzad en el laúd canción sonora!—

Levantó la cabeza triunfadora,
se irguió su cuerpo en ademán gallardo,
y clavando en sus venas fiero dardo
saltó la sangre en sierpe bullidora.

La apolínea cabeza en su regazo
recibe Eunice, y sus hinchidas venas
sangra también, como vertido vaso...

Un murmullo de notas se oye apenas...
y en el lúbrico espasmo de un abrazo
se duermen en su lecho de azucenas.

FERNANDO E. BAENA

(Colombiano.)



Sello del Japón.



Sello de Turquía.



Sello de Grecia.



Sello de Rusia.



Sello de China.



Sello de... espalda.



Sello de Fidji.



Sello de Islandia.



Sello de los Estados Unidos.

Casa Editorial Maucci, Mallorca, 166 (nuevo)

LA ESTAFA MAYOR DEL MUNDO

Teresa Humbert

*Su niñez, su juventud, sus cómplices
y sus maquinaciones*

*Historia de sus estafas. El misterio de los Crawford
Fuga y detención de los culpables
Vista del proceso.—Sentencia y prisión.*



Un tomo de 336 páginas, ilustrado con grabados.— En rústica: 1 peseta.

Tesoro del Parnaso Americano

Colección de poesías escogidas de los más ilustres poetas americanos

Dos tomos ilustrados con grabados, de 350 páginas cada uno, 4 pesetas



Estas Cápsulas han resuelto el problema de administrar la quinina sin repugnancia. Adoptadas por todos los Médicos, en razón de su eficacia contra *Jaquecas, Neuralgias, Fiebres intermitentes y palúdicas, Gota, Reumatismo, Lumbago, fatiga corporal, falta de energía.* Soberanas para detener el estado febril de un resfriado ó una enfermedad en su principio. Una cápsula representa una copa de Quina.

Más solubles, más fáciles de tomar que las pildoras y grageas han puesto la quinina barata y al alcance de todo el mundo. Frascos de 10, 20, 30, 100, 500 y 1000 cápsulas.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias

CRÈME SIMON
POUDRE
SAVON
MARAVILLOSOS PARA LA
Toilette diaria
Preservan el rostro de las influencias del Frio, del Sol, o del aire del Mar
Blanquean y suavizan divinamente el Cutis



J. SIMON, 59, faub. St-Martin. PARIS
Evitar falsificaciones

TOS

POR FUERTE QUE SEA, SE CURA CON LAS
PASTILLAS DEL DR. ANDREU
Remedio pronto y seguro. En las boticas

Un artista en crímenes

Un tomo ilustrado con grabados. En rústica 1 peseta. En tela 1'50.

Noli me tangere

NOVELA TAGALA
por José Rizal. Un tomo
en rústica: Una peseta.